

University of Nebraska - Lincoln

DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln

Theses, Dissertations, Student Research: Modern
Languages and Literatures

Modern Languages and Literatures, Department of

2016

Reseña: La idea de progreso como lastre en las filosofías de la historia por Juan Robert Muro Abad.

Miguel A. Albújar Escuredo

University of Nebraska-Lincoln, malbujarescuredo2@gmail.com

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.unl.edu/modlangdiss>

 Part of the [History Commons](#), [Philosophy Commons](#), and the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Albújar Escuredo, Miguel A., "Reseña: La idea de progreso como lastre en las filosofías de la historia por Juan Robert Muro Abad." (2016). *Theses, Dissertations, Student Research: Modern Languages and Literatures*. 23.
<http://digitalcommons.unl.edu/modlangdiss/23>

This Article is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures, Department of at DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln. It has been accepted for inclusion in Theses, Dissertations, Student Research: Modern Languages and Literatures by an authorized administrator of DigitalCommons@University of Nebraska - Lincoln.

Reseña de *La idea de progreso como lastre en las filosofías de la historia* por Juan Robert Muro Abad.

El siglo XX se caracteriza en el campo de la filosofía de la historia por el debate en torno a la existencia de “progreso” referido a la humanidad. Pese a que hay voces a favor y en contra, véase las declaraciones hechas por el psicólogo y lingüística Steven Pinker, quien apareja la idea de progreso con la de evolución humana considerándolo como un hecho demostrado. Por contra, otras opiniones parecen poner en entredicho esta visión, Muro recuerda lo dicho por el historiador francés Jacques Le Goff: “La creencia en un progreso lineal, continuo, irreversible, que se desarrolla de acuerdo con el mismo modelo en todas las sociedades, ya casi no existe”. Y digo parece porque los conceptos son tan ambiguos que a veces no se sabe exactamente que se entiende por “progreso”. La intención del autor es poner en entredicho esta idea como axioma, acusándola de “imposición de corte teórico” que dificulta la reflexión sobre el propio concepto de historia. Para reflexionar sobre esta idea Muro va a utilizar las obras de Walter Benjamin y Norberto Bobbio, debido a la heterodoxia de los pensamientos de ambos autores.

La idea de “progreso” gira en torno a dos conceptos claves: “una dirección general, un concurso global por el que la humanidad se encamina hacia una determinada meta, y una valoración simpática, un juicio positivo hacia esa meta propuesta”. La idea de progreso puede asociarse con la fe, establecida mediante significantes tales como “Destino” o “Providencia”, o bien entenderse como un proceso por alcanzar el “poder”. Otra idea que Muro recoge en su artículo retrae ideas de Le Goff: “—en lo que coincide con Maravall— al establecer un doble paralelismo entre progreso y evolución o continuidad, frente a revolución y fractura o ruptura”. Asimismo durante el siglo XX se ha acentuado la contradicción en el seno del término “progreso”, recuerda Muro que “los grandes desastres provocados por el hombre y en especial

los derivados de la carrera armamentista, han puesto en primer plano la contradicción entre progreso técnico y progreso moral del género humano”. Ante estas dificultades por establecer un entendimiento común de lo que queremos decir al hablar de “progreso”, es necesaria una historia del concepto y una reflexión profunda para establecer su definición en el presente.

El siglo XX es clave para la formación de la idea de progreso que vertebra tácitamente los éxitos científicos y técnicos, aquellos avances (atención al término inscrito dentro de un recorrido lineal y universal) basados en descubrimientos físicos o químicos que permitían a las sociedades civilizadas beneficiarse cualitativamente de ellos. Los avances científicos dieron a las sociedades occidentales la creencia que el progreso iba vinculado a las averiguaciones científicas y técnicas, olvidando que estas contribuciones en algunos casos no se trataban de descubrimientos, sino de redescubrimientos. Además se obvió que la existencia del ser humano se remontaba a mucho antes de la revolución industrial, impidiendo una vinculación necesaria entre el progreso humano y las iniciativas científicas. Determina Muro en su artículo que “Pese a que podría considerarse la del progreso como una idea bastante acabada, algunos hechos iban a despegar ciertas dudas sobre la inevitabilidad del progreso incluso sobre la propia esencia positiva del mismo”; ahí estarán los conflictos armados para subrayar la neutralidad de los avances tecnológicos, capaces de hacer mucho bien y mucho mal al mismo tiempo, junto a la imposibilidad de resolver problemas crónicos como la pobreza, el hambre y la desigualdad en tiempos modernos. Estas inconsistencias fueron puestas de relieve mediante reflexiones teóricas, la mayoría de las cuales surgieron desde corrientes materialistas de pensamiento. A ellas se añadieron posteriormente críticas a la idea de progreso por parte de ecologistas, quienes dudaron de la viabilidad de la tierra bajo una concepción sometida al capitalismo occidental. Fruto de estas confrontaciones ideológicas empieza a juzgarse la idea de progreso en tanto lastre que no

permite intervenir en las condiciones del presente, ya que entender el presente bajo el palio de proyecto de progreso positivo infinito lo hace perfecto e incorregible. Esta idea de progreso contra la que toman posición Benjamin y Bobbio ha cristalizado en una especie de ideología totalitaria que no permite cambiar las situaciones injustas del presente, de hecho ni tan siquiera permite la reflexión sobre el mismo presente.

Muro habla de las dudas de Walter Benjamin sobre la idea de “progreso” que se remontan a los años treinta, desde las filas del materialismo histórico. El pensador alemán lo califica de peso muerto para la historia, ya que “tiene como efecto principal producir una seguridad falsa que convierte el futuro en algo ya diseñado inevitablemente y que adquiere un valor providencial no muy diferente al de las escatologías judeo-cristianas”. Esta situación da al historiador la coartada perfecta para verse a sí mismo como un mero anunciador, obliterando la tarea propositiva y moral que el hacer historia impone. Benjamin juzga que las posiciones historicistas basadas en el positivismo radican en una falacia: “que el progreso de la sociedad humana es inevitable”; el crítico aceptaba la necesidad de una creencia optimista para actuar y cambiar la sociedad presente, sin embargo la creencia en el positivismo provocaba justo lo contrario, el inmovilismo político y la catatonia moral: “Benjamin diferencia entre el optimismo aplicado a la actividad humana transformadora y a las circunstancias que esa actividad debe alterar. Asimismo se demarca no tanto del elemental pensamiento marciano sobre la idea del progreso sino sobre la sacralización que la oficialidad marxista pensante había aprobado del concepto”. De ese modo enfrentará a un materialismo marxista que traiciona la transformación en el presente en favor de una futura consecución de la sociedad ideal, cayendo en el mismo error de marasmo que la filosofía de la historia con su maximalismo teológico laico. Benjamin se oponía a considerar el desarrollo técnico como fundamentalmente bueno, pues desde esta

perspectiva podía legitimarse que el trabajo en la industria es “per se” bueno para el clase trabajadora, una idea de fondo malévol.

Walter Benjamin interpreta la historia dialécticamente, oponiéndose al evolucionismo historicista, y pese a que no ve el tiempo como lineal y vacío, sí que manifiesta un optimismo futuro. Este tiempo por venir, por otro lado, no está predeterminado por una supuesta evolución dinámica, sino que al contrario, está por hacerse, siendo desconocido si va a traer tiempos felices o adversos, por ello es necesario la intervención y el compromiso con el presente. Esa intervención del presente toma la forma de la recuperación del pasado oprimido. Dice Muro que para Benjamin “El presente y el futuro tienen una deuda pendiente con esos montones de ruinas sobre ruinas situadas a los pies de la historia. Sólo en la medida en que ese pasado se integre y reinterpretate en clave de futuro liberador podrá saldarse esa deuda”.

Para ilustrar las ideas de Benjamin sobre la historia Muro opta por utilizar la interpretación que hizo el crítico sobre el cuadro de Paul Klee titulado *Angelus Novus*: el ángel de la historia con cara entre sorprendida y horrorizada mira hacia el pasado, viendo ruina y barbarie; desgraciadamente, pese a que querría detenerse, el viento convertido en huracán lo arrastra empujando sus alas. En palabras del propio Benjamin: “Este huracán le empuja irremisiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso”.

Por su parte Norberto Bobbio, pese a plantearse la validez del concepto de “progreso”, no hará un rechazo pleno de este, sino que más bien reflexiona sobre el sentido mismo de la historia. Todo ello viene motivado por el descubrimiento de la bomba atómica, validando al ser humano por primera vez en la historia como ser capaz de destruirse a sí mismo del todo. Nos indica Muro citando a Bobbio que “la guerra termonuclear provoca la crisis de todo intento hecho hasta ahora

de dar un *sentido* a la historia a través de la imaginación de un *telos* al que la humanidad tiende o debería tender”. Bobbio acepta la idea de historia como sinónimo de progreso de la humanidad en el pasado, pero cree que a partir de la tecnología termonuclear todo ha cambiado. De la misma forma que Benjamin, pese a su disparidad de interpretaciones, ambos están de acuerdo en la necesidad de una historia que se plantee la intervención directa en el presente.

Bobbio para ilustrar sus pensamientos emplea imágenes que puedan suponer parábolas reflexivas, la primera de ellas es la de la mosca atrapada en la botella, y cómo la filosofía debe enseñar a la humanidad a salir de ella, imagen atribuida a Wittgenstein; la segunda imagen es la del pez atrapado en la red; finalmente, la tercera da paso a sugerir un laberinto, tal vez sea esta la más fructuosa, según Muro “la salida existe pero nadie la ha encontrado y nadie hay fuera para mostrarnos el camino adecuado. Siempre hay varias salidas posibles se trata de encontrar la adecuada”. El destino de la humanidad planteado según la visión de Bobbio tiende a la salida, lo que le permite un juicio del “progreso” como posible desde la razón, rechazando la esperanza y por ello negando aquellas filosofías de la historia de tintes religiosos y fatalistas. Muro hace una interpretación personal de la visión de Bobbio: “En mi opinión las alusiones a retrocesos en el futuro de la historia son manejadas por Bobbio como posibilidad y como argumento de convicción a la vez, pero tras ellos están la confianza, explicitada a menudo, de que el hombre puede y debe encontrar la salida del laberinto”. Bobbio en cuanto a la posibilidad de sentido de la historia, se muestra ambiguo, al afirmar que sí la tiene pero que puede no tenerla. Para ejemplificar su postura refiere a los derechos humanos, afirmando que hay una tendencia positiva conducente a la civilización, y otra regresiva que desemboca en la barbarie. El sentido existe, pero ha de ser conquistado continuamente. El camino adecuado al progreso es la creación de la “conciencia atómica”, que supondría la salida al laberinto.

De este modo Muro hace un recorrido de la puesta en cuestión del fenómeno de progreso, entendido como falacia, desde reflexiones de dos teóricos de la historia como Walter Benjamin y Norberto Bobbio.